

Índice

7 | Presentación

- 13 | El collar del curaca**
- 27 | Eran como monos**
- 41 | La marimacho**
- 49 | El brujo**
- 57 | La inundación**
- 67 | La maldita**
- 87 | La coca**
- 99 | La última parada**
- 119 | El duelo**
- 125 | La ley de la selva**
- 151 | El último rugido**
- 161 | La guardiana**
- 181 | Los celos del tigre**
- 187 | Cayó el chivo al lazo**
- 199 | Las huanganas**



El collar del curaca



El collar del curaca

La selva, bajo el sol de enero, se llenaba de flores y de aromas. Todo tenía exuberancia de vida. En las hojas de las palmeras, abiertas como grandes abanicos, los guacamayos hundían el curvo pico en el moño de las hembras y lanzaban al viento su grito monótono. Los pájaros, con erótico apresuramiento, colgaban sus nidos. Al caer la tarde, los jaguares en celo rugían reclamándose para la nocturna cita. Y a la hora meridiana, los caimanes en tropel, alrededor de una hembra, se mordían y mataban. Luego, el más fuerte, el vencedor, sangrando entre las aguas que se estremecían en un escalofrío tornasol, se acercaba a la hembra humilde, y juntos, jugueteando, salían a tierra por la escarpada orilla, apretaban sus robustos cuerpos, azotaban el suelo con sus poderosas caudas y se quedaban después quietos, muy quietos, vidriados los ojos, mientras el sol rubio y ardiente secaba, dándole forma de escamas, al limo de que estaban cubiertos.

También a los hombres nos invadía el hálito creador de la naturaleza y de pronto reíamos con carcajadas locas o nos entristecíamos sin saber por qué, y teníamos deseos de reñir, de luchar, de matar. Hasta la faz del curaca Tupán, rugada como la corteza de una caoba centenaria, tenía frescura de juventud, y sus ojos pequeños y negros como achiras, más pequeños y más negros bajo la sombra de sus pobladas cejas, brillaban con extraña fosforescencia, como la de los ojos de los jaguares cuando miran a la hembra que se acerca a su llamada.

Una tarde, tendidos a la sombra de una lupuna, el curaca Tupán me enseñaba su ciencia, aprendida en el libro de la naturaleza, más antiguo y más sabio que todos los que se han escrito. Su voz parecía venir desde muy lejos, monótona y cansada como el ruido de una gota de agua intermitente que cae sobre una hoja seca. Ya no me interesaba, como antes me interesara conocer las hierbas que curan las mordeduras de las víboras, ni cómo se disecca una cabeza humana hasta reducirla al tamaño de una naranja. Nada... Mientras él hablaba, yo seguía con los ojos, con el alma, el errátil vuelo de una mariposa de alas azules.

—El curare, el veneno que no perdona, se saca de las hojas amarillentas...—decía la voz.

Pero en esto, la mariposa pasó casi tocando mi cabeza, y en ímpetu incontenible levanté las manos para aprisionarla. Tupán me miró severamente y yo hice un esfuerzo para concentrar mi atención.

—La flecha que tiene la punta de marona no se envenena, porque la marona, con sus filudos bordes, corta, y al disparar la flecha puede herirse un dedo, y basta una pequeña herida, más pequeña que la picadura de un mosquito...

Desde el tambo llegó fresca y cristalina, como el gorjeo de un pájaro que saluda el alba, una risa de mujer que hizo desviar la mirada del curaca. Sumac, trayendo los anzuelos, las farpas y la cesta de gusanos, bajó corriendo las escaleras del tambo y desde lejos me gritó:

—Vamos a pescar tucunarés.

Consulté con los ojos del curaca, y él, por toda respuesta, levantó el brazo señalando el sol, todavía muy alto. Pero llegó Sumac. Era la más joven y la más bella de las doce esposas del curaca y también la preferida. A ella nada le negaba.

Sumac, dándome la espalda, hincó una rodilla para acariciar la larga cabellera de Tupán. Al hacerlo, la pampanilla de suave hebra de huimba se alzó más arriba de la rodilla, dejándome ver el nacimiento de un muslo, y mi cuerpo se estremeció con una extraña sacudida. Sin embargo, muchas veces había visto arrojarse así a Sumac, había contemplado el arco perfecto que al curvarse hacia su espalda, la línea firme de sus caderas y el bronce bruñido de sus muslos, sin que, como en ese momento, se angustiase mi corazón ni se empurpurase mi rostro.

—Vayan, pero no olviden la carabina —dijo el curaca, y su voz estaba empapada de ternura.

Sumac se irguió de un salto, y cogiéndome de la mano me puso de pie.

—Vamos pronto... ¡Alcánzame!

Partió a correr por entre el bosque y yo corrí tras de ella llevando la carabina. A poco la alcancé. Una liana espinosa le había clavado uno de sus curvos garfios en un brazo. Felizmente la espina estaba casi a flor de piel y salió con una ligera presión. Una gotita de sangre, roja y brillante, brotó de la herida. Era preciso chupar la herida, porque la espina era ponzoñosa. Mis labios se adhirieron al brazo en una succión desesperada.

—Deja ya —dijo retirando el brazo, en el cual, señal de mis labios, había una mancha rojiza.

Seguimos caminando. Iba yo adelante para apartar las ramas, cuando al llegar al bajío, donde el dosel de hojas era menos tupido y dejaba pasar algunos rayos del sol, Sumac me detuvo violentamente. Un paso y habría sido mordido por una víbora, por una terrible gergona, de color gris terroso, que recibía el sol con la triangular cabeza en alto, lista para el ataque. Disparé casi sin apuntar: la víbora dio un salto, se distendió y después se enroscó en contorsiones inverosímiles, como los de una viruta que cae al fuego.

—¿Has visto qué buena puntería? Le he dado en la misma cabeza —dije orgullosamente.

—Porque es una víbora —sonrió Sumac—. A las víboras nunca se las deja de dar.

Llegamos al lago. Dejamos a un lado los anzuelos y nos pusimos a recorrer las orillas donde los arbustos se inclinaban sobre el agua, y que eran los sitios elegidos por los tucunarés y los acarahuazús, como si supieran que allí no se podía tirar redes ni atarrayas.

El agua del lago, cristalina, dejaba ver los peces, metidos entre las ramas. Sumac eligió como blanco a un gran tucunaré, largo, del tamaño de un codo, y disparó su pequeño arpón. El pez, herido, huyó hacia el centro del lago, desenrollando el hilo fino y resistente que se envolvía en el asta. Para recobrar esta era preciso introducirse en el lago. Sumac lo hizo, pero para no mojarse el vestido, levantó la pampanilla, sin pensar más que en el pez que quería cobrar. Levantó tanto la apretada falda, que hube que cerrar los ojos mareado, aturdido, sintiendo que la sangre subía por oleadas a mi cabeza.

Sumac notó mi aturdimiento porque, al volver ya con el pez pendiente del hilo y que daba vueltas como rehilete, me preguntó sobresaltada:

—¿Qué tienes?

—No es nada —le respondí con voz temblorosa—. Me resbalé y por poco caigo al agua.

—Te hubieses dado un buen baño.

El pez dentro del cesto seguía agitándose. Era grande y hermoso, con su cuerpo que parecía bañado en oro y con sus estrías negras.

—Pescamos más, y esta tarde le damos una sorpresa a Tupán.

Seguimos pescando, y en menos de una hora habíamos cobrado quince ejemplares, entre tucunarés y acarahuazúes.

—Vamos a recoger aguajes.

Y yo, como siempre dócil a lo que ella me pedía, le respondí:

—Vamos.

Para llegar a los aguajales había que pasar una zanja pequeña. Un árbol caído servía de puente. Sumac quiso pasarlo a la carrera, pero se resbaló y cayó sobre las altas hierbas.

—Ayúdame a levantarme.

Y reía sonoramente.

Salté dentro de la zanja y le tendí la mano, pero ella, en lugar de hacer un esfuerzo para ponerse de pie, me dio un tirón y caí yo también. Fue un instante. Nuestros labios se juntaron en un beso desesperado, ardiente y dulce al mismo tiempo. De pronto, en el fondo del bosque hubo un crujir de ramas y hojas secas. Me levanté de un salto, con la carabina en la mano, pronto a disparar, creyendo que era un jaguar.

—Soy yo.

Y por entre las verdes ramas apareció la cara rugosa del curaca.

Aturdido le conté lo que había pasado, con lenguaje balbuciente. El curaca, sin responderme, mirándome a los ojos con una mirada indefinible, mientras me acariciaba la cabeza con sus manos sarmentosas, murmuró:

—Cuando la estrella de la tarde se hunda junto con el sol, tendrás ya dieciséis veces doce lunas.

Después añadió, con voz baja, como si hablase consigo mismo:

—Ya eres un hombre.

El curaca arrastró una piel de jaguar y se tendió cerca de la fogata, y a su lado, con la cabeza apoyada en una mano, Sumac. Yo, como siempre, me coloqué a la cabecera de Tupán. Los más viejos guerreros rodearon la fogata.

—Va a llover —dijo alguien.

Tupán levantó los ojos al cielo.

—No lloverá —dijo—; las nubes están muy altas y los cocuyos no vuelan.

Después de un momento suplicó Sumac:

—Cuéntame una historia.

Me erguí. Para mi imaginación de adolescente nada había más interesante que las historias de Tupán, llenas de fragor de terribles batallas, o en las que eran vencidos jaguares monstruosos y boas gigantes. También había historias terroríficas, en las que desfilaban, como en una visión de pesadilla, brujos malignos que convertían a los hombres en bufeos o sapos, y espíritus en forma de vampiros.

Tupán acarició los collares que llevaba sobre el pecho. Todos ellos estaban hechos de los dientes de los enemigos que cayeron atravesados por sus flechas o se abatieron a los golpes de su macana. Cogió un collar de dientes menudos e iguales y los separó de los demás.

—¿Conoces este collar? —dijo, dirigiéndose a mí—. Varias veces me has pedido que te cuente cómo lo conquisté. No he querido hacerlo, porque eras un niño. Ahora ya eres un hombre... Es el peor enemigo que he vencido, y era débil como la flor de la caña brava y delicado como el ala de una mariposa. Hace cincuenta veces doce lunas, era yo joven y fuerte. El remo que manejaba todo el día sin sentir cansancio nadie podía resistirlo el tiempo que el sol agranda o achica la sombra de un árbol el ta-

maño de una boa. Cori era la más linda doncella de la tribu, y nos queríamos desde que ambos estábamos en la edad de correr tras de una mariposa. Cuando partí a la guerra contra los aguarunas, ella tiñó mi cara con el color de guerra y aguzó las puntas de mis flechas, hechas con la chonta que ella misma trajo del bosque. Regresamos después de haber vencido a nuestros enemigos. En mi canoa traje plumas suaves de garza blanca, bálsamos que curan las heridas, ojos de bufeo que despiertan el amor, piedras verdes y transparentes que traen los huambisas de las cabeceras del Pastaza, calabazas teñidas con los brillantes colores del picaflor, llenas de granos de oro grandes como los del maíz; collares de alas de ronsapa, pieles de puma negro, tan raras que los huambisas dan tres mujeres por una. Todo fue para Cori, y ella curó mis heridas y me adormeció con sus canciones. En la fiesta del sol, cuando las pungas empiezan a florecer, según el rito que enseñaron sus abuelos a nuestros abuelos, ungieron a las doncellas con resinas olorosas y a los jóvenes nos dieron a beber masato, en el cual habían puesto raspaduras del miembro del achuni, para excitar el amor. A la medianoche, cuando la luna llegaba al punto más alto de su camino, las doncellas, a una señal del brujo, huyeron hacia el bosque, y nosotros corrimos tras de ellas. El joven que logra coger a una doncella por los cabellos, la hace suya, es ya su esposa. Pero siempre los jóvenes y las doncellas están de acuerdo. Ella indica al que ama hacia dónde se va a dirigir. Yo sabía por dónde correría Cori, pero como ella era muy bella, muchos la deseaban, entre ellos un guerrero de mi misma edad, tan alto y tan fuerte como yo. Se llamaba Shora. Llegó la hora que esperábamos con anhelo. El brujo dio la señal y las doncellas corrieron hacia el bosque. Yo corrí tras de Cori, y ella al verme se detuvo, cuando de pronto surgió Shora, que se me adelantó. Un flechazo recibido en una pierna no me dejaba competir con él. Cori lo vio, dio un grito y escapó. Con el esfuerzo que yo había hecho se me